

difusas en la misma serie de esta Chronica. Despues de la Mission de Campeche se hizo otra no menos memorable en la Ciudad de Valladolid, Cabezera del Obispado de Michoacán. Para ella fueron destinados quatro Religiosos, y entre ellos el R. y V. P. Fr. Pedro Antonio Frontera, actual Presidente in Capite del Colegio, por ausencia larga del Venerable Fundador. Era dignissimo Pastor de aquella Diocesi el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan de Ortega Montañez, que con su grande autoridad, y relevantes prendas de gobierno, y dispuso se hiciesen todas las funciones de esta Mission con singular aplauso. Predicaronse muchos Sermones en todas las Iglesias, y Conventos, y el dia de la Procecion de Penitencia, guiando con una Cruz de madera un Señor Prebendado, le siguieron los Hermanos de la Tercera Orden de Penitencia, con multitud de otros Seculares, vestidos de mortificacion, disciplinándose unos, con Cruces, y fogas orros, iban algunos haspados, y muchos ligados con cordales. Seguia luego la Comunidad de N. P. S. Francisco, à quien sobre ir todos descalzos, y con fogas al cuello, la hizo mas respetosa, y venerable veer interpolada con el sayal la seda de muchos Capitulares del muy Ilustre Cabildo Ecclesiastico, que en lo penitente, y circunspetto solo se diferenciaban de los Religiosos en el Abito. Iba este penitente Esquadron acompañando un hermoso Crucifixo, que conducian algunos penitentes de la nobleza. Detrás caminaba multitud de mugeres, observando su estacion con silencio. Se hicieron varias praticas de contricion, à q̄ ayudaron con alentado espíritu tres Religiosos de nuestro Convento. El Rev. y V. P. Guardian Fr. Sebastian de Oro, bien conocido por su virtud, no cessaba en esta Procecion de exortar à los penitentes à el dolor de sus

culpas, y aseguró (dejandolo escrito uno de los Misioneros) que desde las quatro de la tarde, hasta las siete de la noche, no se enjugaron las lagrimas, y sollofos de todo el numerosissimo concurso.

Publicóse para el siguiente dia el Jubileo de las quarêta Horas; y à las tres de la mañana preparado el Altar con crecido numero de luces se expuso el Divinissimo Sacramento, y con devota pausa rezó toda la Comunidad sus Maytines. Cantóse à su tiempo, cõ toda solemnidad, la Missa, y se predicó del intéro. A la tarde se hizo otro Sermon, y no faltó en los tres dias la Musica de la Cathedral, que hacia con sus moteres repetidos à tiempos recoger los pensamientos para contemplar la suave melodia de los Cielos. Otro dia cantó un Señor Prebendado la Missa, en que hubo Sermon, y por la tarde se cerró el Jubileo, predicando el Presidente de la Mission, con alentado espíritu. Cerraronse en dos dias, y noche las quarenta Horas, sin interpolacion, asistiendo al Sacramento patente muchos Religiosos, y hombres seculares, exclusas solas de esta funcion las mugeres: la Iglesia toda iluminada desterraba de la noche las sombras, la Musica ahuyentaba la pesadéz del sueño, y la variacion de devotos ejercicios avivaba la devociõ de aquel Soberano Mysterio. Despues, al quarto dia, se hizo Procecion de gracias, despidiendo la Mission en el Pulpito, siendo mas las lagrimas, que las voces del Predicador, por q̄ no cessaban los suspiros, y sollofos de los oyentes.

Concluida la Mission, y tomando la bendicion del Ilmo. Sr. Obispo, le pidieron derrotero para proseguir predicando en su Obispado. Predicaron en Tzinapiquaro: de alli à la Ciudad de Zelaya, en que fueron las funciones muy cumplidas. Passaron al Pueblo de Chamaquero, en que se le-

gro

gro el mismo beneficio. Otros dos diferentes Misioneros fueron à la Ciudad de Pasquaro, y predicaron con mucha acceptacion, y fruto. Enderezaron sus pasos à la Sierra de Michoacán, y se hizo Mission en la Villa de Zamora, Tlafasfalca, Penjamo, y todos aquellos Beneficios. Publicaron los Jubileos en la Villa de Leon, que disfrutó su buen deseo en muchas conversiones. Alcanzo el riego de la divina palabra à la Villa de Silao, y à todos los otros Lugares que ay de camino para esta Ciudad de Queretaro, à donde se volvieron por aver enfermado uno de los dos Misioneros. Fueron otros de nuevo à este mismo Obispado, y se hizo la Mission en el Valle de Santiago, y despues en Salamanca. Por los frutos se verá su importancia. Celebraronse unas bodas de persona muy opulenta, y no hubo rumor de juegos, bayles, y faraos, que es el mas comun abuso de la tierra. Una muger de suposicion aviendo levâtado à otra un falso testimonio, oyendo detestiar al Misionero el infame vicio de la murmuracion, se halló tan sorprendida del dolor de su culpa, q̄ quitando el manto de la cabeza bolvió la fama, y pidió perdon à cara descubierta de su desfiz en la lengua. Otros muchos casos pudiera referir, mas Dios mediante, se escribirán en otro lugar mas oportuno.

CAP. XX.

Recapitulanse otras Misiones de estos primeros años entre Fieles.

Aquella Nubefilla, que subia del Mar à vista del Profeta Elias, tan pequena, que no excedia la estampa de una planta humana, creció en brevissimo tiempo, de fuerte, que entoldó los Cielos, y fecundó

con su lluvia la tierra toda, Symbolizaba esta pequena nube la Doctrina Evangelica, en pluma de mi San Antonio Paduano; y à diligencias de los Apostolicos, que como Elias anunciaban la fertilidad de lluvia espiritual en la tierra arida de los corazones, se han fecundado de doctrina las bassimas tierras de la America. Once Obispos tiene esta Nueva-España, tan dilatados, que en los terminos de algunos de ellos pudieran caber España, y Frància, y le sobran muchas leguas. Todos los han corrido con sus Milliones los Hijos de este solo Colegio en los primeros años de su creccion, y por favor de la Piedad Divina han logrado à manos llenas el fruto en multitud de almas reducidas à verdadera penitencia.

Luego que el tiempo ofreció ocasion oportuna se partieron tres Misioneros à la Ciudad de Oaxaca, cabezera del Obispado de Antequera, cuyo meritissimo Obispo era el Sr. Dr. D. Isidro Sariñana, y Cuenca, natural de la Ciudad de Mexico, uno de los mayores Sujetos que ilustraron su Real Universidad, tan aplaudido por sus relevantes prendas en la Cathedral, como en el Pulpito. Aviendo recibido con benignidad amorosa à los Misioneros, y hechose la Mission con la solemnidad, y fruto que las ya referidas, quedó el devoto Principe tan pagado del estilo de predicar de los Misioneros, q̄ decia con humildad santa avian venido à enseñarlo aquellos Padres, q̄ el no sabia predicar, y deseaba aprender. Sabian todos, que este Prelado exemplarissimo era en todas letras un Oraculo, en la energia, y sonoro de la voz una marabilla, y al passo que procuraba humillarse, hacian los que lo escuchaban mas alto concepto de su virtud, y acendrada literatura. Verdades, que los Misioneros, que esta vez fueron à Oaxaca, eran sobre muy virtu-

Q 2

tuo

tuos, doctos, y muy versados en todo genero de letras: y como el Ilmo. Principe era Maestro en la facultad, oyendo los Sermones tan bien fundados, y las inteligencias de la Escritura Sacra tan genuinas, sospechó que llevaban aquello muy estudiado, y como Aguila quitó probar á sus Hijos á los rayos del Sol, en esta forma. Preguntaba él ásumpto que avian de predicar el dia siguiente, y les decia, variando otra diversó: yo gustaria me predicasen esto: los Religiosos obedecian con gusto, y hacian el Sermon señalado con tanta solidez, afluencia de Santos Padres, y letras humanas, que parecia aver estudiado por largos tiempos el punto. Cumplióse á la letra lo que dice el Espíritu Santo: que el Varon obediente cantará victorias. Con la aclamacion de tan Venerable Prelado, y lo eficaz de los Sermones, se experimentaron crecidos aumentos en la virtud, singulares conversiones de pecadores, restituciones de hacienda, y horas, y levantó la piedad en servicio de la Magd. Divina muchos trofeos.

Con diferencia de tiempo, corrieron los Misioneros el dilatado Reyno de la Nueva-Galicia, tomando principio de la Ciudad de Guadalupe, en donde reside su Real Audiencia, y es Metropoli de aquel Obispado. Tu vieron la dicha de encontrar un Prelado tan á medida del deseo, como lo fue el Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Santiago de Leon, Garavito, cuyas heroicas virtudes, zelo pastoral, y muerte preciosa pueden vérfse, y admirarse en el Espejo de exemplares Obispos, que se dió á la prensa casi á los fines del pasado inmediato siglo. No se hizo la Mission por entonces en esta Nobilissima Ciudad, porque atendiendo el Pastor vigilante á la mayor necesidad de su Rebaño en los Lugares mas distantes, suplico á los Padres exercitasen primero en ellos su Apostolico ministerio; dió-

les su favor en Carta Pastoral, y todas sus facultades en beneficio de las almas. Eran los Operarios los VV. PP. Fr. Antonio de Escay, y Fr. Francisco de Frutos, que con tato exemplo, y santa doctrina, por el espacio de todo el año de ochenta y cinco predicaron Apostolicamente en tantos Pueblos, Villas, y Lugares como encierra aquel amplissimo Reyno, dejando tan cultivada toda aquella tierra, que por largo tiempo, hasta nuestrós dias, se conferaba la fama de lo que obró Dios por sus Misioneros. Apretaba el zelosissimo Padre Escaray sobre el abujo de los trages profanos, y como él mismo lo testifica en su Libro impreso: Voces del dolor: en este Obispado no quedaron puntas, ni trage profano, donde estubo la Mission.

Aun antes de llegar á algunas partes los Misioneros, se anticipaban las mugeres á reformarse en los trages. Señalóse en esto el Pueblo de Zayula, que en la abundancia de gente parece un segundo Guadalupe. El dia que entró la Mission no hubo en toda la Mission una muger con puntas en el manto. Lo mas apreciable fue la constancia con que se mantuvieron en la modestia, y la virtud, que quedó radicada en muchas singulares almas hasta la muerte, de q. tuve siempre noticia de otros Misioneros, q. en estos tiempos han predicado en aquel dicho Pueblo. Despues de continuadas Misiones, á fines de este año, dieron buelta á la Ciudad de Guadalupe, y aun q. tuvo sus contradicciones el comenzarla, todas las venció la mano Poderosa, y se comenzó con autoridad, y grandeza: dando feliz principio el Venerabilissimo Señor Obispo, que alterno en los Sermones con el R. P. Escaray una Semana: en la siguiente, que se hacia en nuestro Convento, por aver enfermado el Misionero, substituyó tres dias sus voces el Pastor Sagrado,

por

porque no se interrumpiese funcion tan provechosa: y dicho se está el fruto q. produce en los Subditos el exemplo de su Prelado: pues como dixo Casodoro: Antes errara en sus operaciones la naturaleza, q. saltar la fuerza del exemplo de un Prelado en sus sujetos alumnos. Duró esta Mission mas de un mes, y con tantas demostraciones de aprovechamiento, q. motivaba á alabar al Señor, Autor de todo lo bueno. Son de cera los naturales, y se vió el dia de Año nuevo, que predicando contra los trages el R. P. Escaray, las mugeres rompieron en la Iglesia las puntas de los mantos, de que fue ocular testigo el mismo Sr. Obispo.

Segunda vez salió la Mission á dar complemento al Derrotero de el Ilmo. Sr. Garavito, y despues de aver ilustrado con la doctrina Evangelica muchas Villas, y Lugares, pusieron la mira á la Ciudad de Zacatecas. Estuve en ella (hablaré en lo restante con palabras del M. R. P. Escaray) y en sus contornos, con mis dos Compañeros, dos meses, y otros tantos eran menester para escribir lo que pasó en aquella Noble Ciudad, tan amiga de Dios, que sin ofensa, no he visto otra en la Nueva-España. Salieron á recibir á los Misioneros la Ciudad, el Cabildo Eclesiástico, y Religiosos de todos los Conventos, hasta dejarlos en el de N. P. San Francisco. En él (prosigue diciendo) hallamos una Comunidad tan amiga de Dios, que desde el M. R. P. Guardian hasta el Donadito, cada uno se esmeraba en hacer la causa de Dios. Con ser yo bastante amigo de predicar, me inquietaba mi Santo Prelado, haciendonos que con frecuencia saliesemos á media noche á echar factas por la Ciudad, teniendo por favor los Religiosos mas graduados acompañarnos á este santo exercicio. Este Prelado, y toda su Comunidad son tan zelosos del bien de las almas, que des-

pues de un Sermon de tres horas, que al Acto de Contricion se tiraban contra el suelo de dolor, les decian á mis Compañeros: Hijos, subios al Pulpiro, y aya otra commocion, y allí sucedia. Fue esta una de las mayores Misiones, q. se han visto en la Nueva-España.

No se contentaron las Señoras con abandonar los vestidos escandalosos, sino q. se vistieron del sayal Franciscano, eó tal estremo, que apuraron estos generos en las tiendas, poniendo muchas manto de esta meña en lugar del que tenían de seda. Mientras la Mission, y despues, se casaron tantos, que hubo dia en que se leían quarenta amonestaciones. No querian quedarse dia sin Sermon, y así el dia de Porciuncula, un Caballero dixo al Padre: Cómo podremos pasar oy sin Sermon? No es posible, pedique á la tarde. Así se hizo, y en recompensa fabricó el Devoto una Capilla de la Via Sacra, que á persuasiones de los Misioneros están oy todas concluidas en el Convento. Tan afectos quedaron los Ciudadanos de la Mission, y Misioneros, que hicieron empeño de que se quedasen en el Santuario de Guadalupe, ofreciendo con magnificencia juntar en dos dias mas de veinte mil pesos de limosnas, y los mas Nobles decian trabajarían de peones en la fabrica, y las mugeres daban sus mas preciosos vestidos para Ornamentos. Estos acrisolados deseos tuvieron años despues felices efectos, como diré, Dios mediante, tratando de la Fundacion de este exemplarissimo Colegio.

Salieron los Apostolicos, seguidos de casi tres mil personas, que no sabian como desatarte de ellos; y en dos dias que se detuvieron en el Santuario, q. está extramuros, concluyeron muchos negocios de conciencia, y dispensas matrimoniales (que fuera de las facultades de Misioneros, tenían la autoridad del Ilmo. Diocesano) en favor de

R

las

las almas. Lo que se trabajó en esta Mission, no tuvo el ordinario defecto de olvidarse los recientes fervores, antes fueron estos en aumento. Quedó entablado entonces en nuestro Convento todos los meses del año, el Domingo de Cuerda, por la tarde, hacer Mission, bajando la Comunidad á andar el VIA-CRUCIS, confogas, y coronas de espinas, y entre uno, y otro passo cantaban factas, cerrando el Sermon esta edificativa solemnidad. Los primeros que se aplicaron á tan Seráfica ocupacion fueron los RR. PP. mas graduados, capitaneando con zelo Apostolico el M. R. P. Ministro-Provincial. Calló el R. P. Escaray muchas cosas, con su modestia, dignas de decirse para el comun exemplo, éstas dejó escritas el M. R. P. Fr. Joseph de Castro. Digno es, de que sepan los Ricos, que en tiempo de la Mission hubo un Minero, que pagó todos los derechos parroquiales, solo porque se casaran sin dificultad los muchos que estaban en mal estado. Repartieronse en la Mission muy gruesas limosnas, trataron muchos acudados de ganar el Cielo con su plata, empleandola en obras pias; y quando lo mas estimable, que es el oro, se dispense de esta suerte, no resta que decir del fruto tan extraordinario, que produjo la Mission en esta agradecida Republica.

Dixé compendiarmente, que en once Obispos q̄ tiene esta America Septentrional se avia hecho Mission por los Operarios de este Colegio, que no avia otro en aquellos años primeros. Y aviendo mencionado las Misiones de señalados Obispos, pudieran formar justa queja los restantes. De los de Ciudad-Real, Nicaragua, y Honduras, con el de Guatemala, doy especial noticia en la vida de mi V. P. Fr. Antonio Margil, y se ofrecerá hablar de ellos despues: solo apuntaré averfe hecho Mission en el Obispado

de Durango, Reyno de la Nueva-Vicaya, por dos Missioneros de la Cruz de Queretaro, no solo en la Ciudad de Guadiana, mas en Son brete, Fresnillo, y otros muchos Lugares, lograndose en muchas almas los trabajosos passos, voces, y sudores de los Predicadores Apostolicos. El no hacer especiales memorias de las circunstancias de esta Mission, no es porque no las huviesse, sino porque quien apuntó en el Libro las Misiones, nos dejó en blanco lo particular que pudo aver en esta: y no me acomodo en cosas de hecho con suposiciones, conjeturas, y conjeturas.

CAP. XXI.

Referense casos raros, sucedidos en estas Misiones de Fieles.

Aquel Sembrador del Evangelio, que del grano que esparció en bucha tierra, logró secundas cosechas, perdiendose el que cayó en la tierra dura de los peñascos: sirve de aliento al Predicador Apostolico, quando advierte, que su zelo, y doctrina, no fructifica en el corazon humano. No es culpa del Labrador quando ingrata la tierra se resiste al cultivo: mas en la buena tierra, premia sus sudores el Cielo. Prueba de uno, y otros señalan algunos casos bien raros, que han sucedido á los Missioneros, para gloria de Dios, y lustre de tan Soberano Instituto. Aviendo un Indio bien capaz, confesado, y recibido al Divino Sacramento en una Mission desde su Pueblo, que estaba bien distante, calló pecados muy enormes preocupado de la verguenza. Volviese á su Pueblo con dos sacrilegios mas, y caminando con esta turbacion de su conciencia, vio, ó se le representó á su imaginacion, Christo, puesto en una Cruz, q̄ con

con rostro severo le habló, y dixo: **ACENDE VAS? A mi Pueblo, respondió. PUES COMO NO CONFIESSAS BIEN? Y ASSI TE VUELVES? DIME, NO TE PREGUNTARON ESTO, Y ESTO? VUELVE AL PUNTO, Y CONFIESSALO TODO.** Quedó el Hombre pasmado, y viendo en aquellas preciosas Llagas abiertas otras tantas puertas para la misericordia, buscó al mismo Confessor á quien le avia callado sus culpas, con tanto asombro, que mostraba causarlo un raro efecto. Preguntóle el Ministro de Dios el motivo: escuchó sus razones, advirtió sus fervorosas lagrimas, y confesadas las culpas lo absolvió, formando juicio venia á sus pies con contricion verdadera. Si fue aparicion en verdad, ó imaginacion vehemente, no es la vez primera, que el Amantissimo Dueño de las almas usa con sus Ovejas descarriadas primores como estos, y aun mayores.

No es menos maravilloso el caso que pasó á un Hombre de mas de sesenta años, quien aviendose deslizado en su mocedad en pecados muy feos, y torpes, nunca se resolvió á confesarlos, ocupado de su misma confussion, y verguenza. Era muy devoto de S. Antonio de Padua, y en ocasion que en una Iglesia dedicada al Santo se hacia Mission: se hallaba este miserable anciano en un Pueblo distante veinte leguas. Pediale repetidamente á su Soberano Abogado le abriese camino para salir de entre los zarzales de su conciencia, y estando una noche dormido, le pareció veia en sueños á S. Antonio, que le despertaba, mostrandole la Iglesia en que se explicaban las Doctrinas, y cerca del Altar veia uno como Angel resplandeciente; y señalandose el Santo con el dedo, le dixo: **SI QUIERES LUZ, ALLI AY LUZ.** Despertó, y no hizo caso del sueño, hasta q̄ el día figuien-

te le vino Carta de un amigo, en que le noticiaba estarle haciendo una gran Mission en la Ciudad. Enronces comenzó á discutir sobre el sueño, diciendo entre sí: **Creecerme luz San Antonio, y un Angel donde se hallan los Missioneros, es decirme vaya allá á busca mi remedio. Contra el deseo de ir, le propuso el Demonio eran vanos los sueños, y q̄ escribirle su amigo en aquella ocasion, era un accidente casual: cō esto retardó su jornada.**

La noche siguiente se repitió el mismo sueño; y aunque le hizo entrar en mayor cuidado: con todo, no se dio por vencido. A la tercer noche no se contentó San Antonio con avisarle severo, mostrósele esta vez riguroso, dándole con el Cordon tres golpes en la cabeza, y diciendole al mismo tiempo: **PER QUE NO QUIERES RECIBIR LA LUZ QUE ME PIDIS, Y TE OFRESCO? Levantóle todo despayado, conociendo en los dolores de la cabeza, no aver sido aquellos golpes cosa de sueño: falso lo restante de la noche pidiendo á Dios misericordia, y encomendandose con mas veras al Santo. Mas quien no pensara se pudiese al anacer en camino á buscar su luz, y remedio? Aun no se resolvió, (tal es la insensibilidad que ocasionan culpas envejecidas) hasta que aquella Inefable Misericordia de Dios por modo raro le rodeó su mayor dicha. Este mismo día en que batallaba entre perplexidades congojosas le vino orden de la Justicia llevase á cierto hombre preso á la Ciudad donde se hacia la Mission, y se le avia mostrado la luz. Partióse luego á esta diligencia, y la principal que hizo fue buscar al Missionero, con quien confesó muy despacio, con muchas lagrimas de contricion, dando al Señor, y á su Santo Abogado muchas gracias, porque quando menos lo esperaba, por tan raros modos avia hallado las fuentes de la**

Piedad Divina, rebozando abyfmos de misericordias. Bendita sea eternamente tal Clemencia, que nunca se cansa de esperarlos.

Estando haciendo Mission en cierto Lugar los Religiosos, llamaron al Cura para confesar à un enfermo, distante catorce leguas. Hallábase con tan urgentes ocupaciones, que no le daban espacio à discernirlas, y rogó à un Missionero fuesse à consolar al Enfermo. Partió gustoso, y se encontró con un Anciano, como de ochenta años, que al ver al Padre dixo con grandes suspiros: Padre, Dios N. Sr. lo ha traído para que mi alma se salve, porque le hago saber ha mas de sesenta años, que he callado unos pecados, de verguenza: y era tanta, que si como V. R. ha venido, viniera mi Cura, no los confesara, porque me conoces ni jamás tuve animo de decirlos. Tanto ha sido el empacho de mis miserias, que ya tres, y quatro veces he estado oleado, y cò la tierra en los ojos tenido en una de estas ocasiones por muerto de un letargo, en q me amorraron, y velaron algunas horas. Yo siempre he sido devotissimo del Santo Crucifixo, que llaman de Elquipulas (está en el Reyno de Guatemala) à quien pedía me diese modo de confesarme bien, le hice Novenas en su Santuario: de buelta mejorè de la salud del cuerpo, pero no de la alma, que siempre he vivido lleno de congojas mortales. Ahora veò patentes las misericordias de Dios en depararme un Confessor no conocido, y tal como deseaba. Confesólo el Missionero muy à satisfaccion, y le administró el Soberano Viatico, con gran devocion, y ternura de su alma, que le salía al rostro, bañandole con sus lagrimas. Decia arrepentido, y confiado: Ahora, Señor, venga la muerte en buena hora, porque quien ha hecho conmigo tal fineza, me quiere dar sin du-

da eterna vida. Bolvióse el Religioso muy consolado, quien para aliento de pecadores dejó todo el caso de su mano escrito.

En otro Pueblo se predicó Mission tan fervorosa, que à juicio de los Missioneros, casi todos dieron señaladas muestras de arrepentidos. Entre tanto bueno se dió à conocer mas por sus maldades una muger, prendada de un Caballero, escandalosamente, con quien mantuvo catorce años su torpissimo trato. Por evitar tal escandalo se pusieron todos los medios oportunos: mas el Sugeto con cabaliosas trazas se mantenía en su despeño. Oyó los Sermones, pero no se reconocia en él que hiciesen efecto. La muger, aunque tan ciega de esta infernal passion, acudia à la palabra de Dios, que le penetraba la alma, pero no se resolvia à romper la dura cadena de su mala costumbre, temiendo la obstinada terquedad de aquel hombre. Fuesse à otro Lugar la Mission, y la miserable se sintió herida de una fuerte inspiración, que le hizo prorumpir en estas voces: ES POSSIBLE, QUE QUANDO TODOS HAN QUEDADO CONSOLADOS, Y EN GRACIA DE DIOS, SOLO YO HE DE SER TAN INFELIZ, QUE ME HE DE CONDENAR? YA LA MISSION SE FUE, Y YO ME HE QUEDADO SIN REMEDIO, QUE SERA DE MI? Véase inclinada à salvarse, y dejarlo todo; y no teniendo corazon para resistir los alhagos, y violencias de su amante, se daba por perdida. Lloraba, gemia, y à lo ultimo cobró alientos, pidiendo con dolor de su alma à su Dios, que lo facesse de prisiones tan intrincadas. Prometió visitar un Santuario, y dispuso la Piedad divina se le quitasse el mayor eslorvo; porque el Juez superior de aquel hombre engañado embió un orden executivo llamandolo, y perpetuamente deserrado de aquel Lugar en que tanto avia escandalizado. Excuro-

curóse el orden, y la muger arrepentida se fue en alcance de los Missioneros: refirió à uno de ellos el caso, hizo confession general, con abundancia de lagrimas, y despues con vida reformada dió exemplo à los que avia ofendido con su escandalo.

Vivia en una Ciudad de esta America una muger rica, noble, y muy preciada de discreta; pero tan olvidada de Dios, que no tenia otro cuidado mas que gozar las falaces delicias del mundo. En la pompa, y vanidad de las galas tenia el lauro de ser la primera: en los faraos, comedias, y paseos, nunca quiso ser la segunda. Era poco amiga de Sermones, y si acudia à las grandes Fiestas llevaba sola la mira de ser vista, y aplandida. Preciábase de defendadada, llamando melindre à la modestia: no se recataba de la compañía de los hombres, antes los buscaba para que celebrassen sus donayres, y chistes. En este lastimoso estado se hallaba quando llegó à la Ciudad la Mission, y propuso en su animo no asistir à ella, porque no entendia el lenguaje de la salvacion de su alma. Bien agena de cuidados se acostó à dormir, y en punto de la media noche oyó la lamentable voz de una faeta de las q arrojan los Missioneros, que decia: SI NO MUDAS DE VIDAS AL INFIERNO TE VAS MUGER PERDIDA. Dispertó à su Esposo llena de asombro, y le dixo: No oyes esto que están cantando los Missioneros casi en nuestra puerta? Puso el hombre el oido, y nada oía, conque persuadia à la muger se fofegasse, porque sin duda avia sido sueño. Repitió la voz, y entonces reconyino al marido, agora dtras que estoy soñando? Escucha bien. Nada percibia de la voz el hombre, y se persuadia ser imaginación vehemente la de su Esposa. Tercera vez sonó la voz, y sola la muger entre sudores frios la escuchaba.

Pasó entre susos, y congojas jarretante de la noche, y en amaneciendo se fue à buscar uno de los Missioneros à quien refirió toda la serie del suceso; y se le aumentó el payor quando le aseguro el Padre no aver salido aquella noche. Religioso alguno cantando faetas: pero que sin duda el mismo Amante de las almas se las tiraba, no pudiendo tales voces dejar de ser auxilios suyos. Ella totalmente muda hizo una confession general con verdadero arrepentimiento, y le quedó la voz de aquellas faetas tan clavada en su memoria, que aseguraba no la podia olvidar de dia, y de noche, como si actualmente resonasse en sus oídos. Parecióle, que quien tenia escandalizada la Ciudad con sus galas, pompas, y locuras, sería muy puesto en razon que la edificasse con una vida reformada: y así obtenida licencia de su Esposo, se vistió del Abito penitente de N. P. S. Francisco en su Tercera Orden; trocando las ricas telas por estanteña, los espejos por defengaños, y los listones por cilicios. Las que la avian seguido en sus devanòs la murmuraban de novelera, las mas piadosas la notaban de melancolica; pero ella que comenzó à saber ser discreta, prosiguió su reñon de vida mortificada, alegre, y constante; y viendo que se mantenía en lo mismo por mas de veinte años, cesó la mofa, y confesaban todos ser esta mudanza obra de la Diestra de el que por excelencia es el Muy Alto.

El mismo dichoso fin tuvo otra muger, aun de mas ruines principios. Esta, no solo era vana, y soberbia, sino que las muchas galas que ostentaba se las avia costado su deshonor. En la monarquia de Venus hacia esta el papel de primera Dama, valiendose de su hermosura, que era mucha, para q las fealdades de sus culpas fuesen mayores. Muchos, atraidos de su inconfan-

tante belleza, rendian vasallage á tan infame vicio, comprando á costa de mucha hacienda la cõdenacion de sus almas. Viento en popa corria en el Mar de los pecados este Galeon del Infierno, llenas las Velas del viento de su vanidad, embarcando, y abarcando muchos infelices hombres para el Abyssmo, sin acordarse de q̄ avia Dios, ni de que tenia alma, á quien esperaba pena eterna, si así clausulaba su desastrada vida. A este tiempo nuestro benignissimo Dios, puso una Ancora á esta Nao presurosa, para que no diera en el escollo de la perdicion eterna; y esta fuc una Mission que llegó á la Ciudad de la muger perdida. Acudió á los Sermones, más por el desseo de ser aplaudida, que por salir desengañada. El Predicador ponderó con voces muy eficaces los frutos maravillosos de la penitencia, y los rigores de la divina Justicia, el eterno galardón de los buenos, y las perdurables penas de los malos.

La que avia entrado en la Iglesia con un pecho de bronce, comenzó á sentir su corazon deteterirse como cera: tanta eficacia tiene el calor de la palabra divina; y como quien despierta de un profundo letargo, comenzó á rebolver en su triste memoria los malos passos de su vida. Representóle en un punto los horrores, y fealdades de sus culpas, y atemorizada cõ los castigos de la divina Justicia, temia no la tragasse la tierra, impaciente de sus maldades. Animabale sola la confianza de ser en Dios infinita la misericordia, como avia escuchado en la voz del Missionero, que á todos ofrecia el perdon de su Magestad, como detestassen sus culpas arrepentidos. No quiso esta muger ya convertida, treguas con su dolor: hizo examen de su mala vida; y aviendo vertido muchas lagrimas, se puso á los pies del Confessor, que era Varon muy espiri-

tual, y docto. Dilatóle el animo, tomando lengua, y testimonio prudente de su amargo llanto, para darla esperanzas ciertas de su remedio. Hecha su confesion con mucho consuelo de su alma, tomó direccion para entablar nueva vida. Dejó sus galas; y para no bolver á vestirlas, las repartió entre mugeres pobres, aviendolas antes reducido á dineros; y lo mismo executó con todas las alhajas de estimacion, y precio. Escogió para vestirse un sayal grosiero: vivió lo que le restó de vida, costeando su manutencion con la labor de sus manos: dióse mucho á la Oracion, y exercitada siempre en mortificaciones, y penitencias, borró las manchas de su infamia, y nos dejó fundamento para numerarla entre los dichosos, que buscan veras á Dios arrepentidos.

CAP. XXII.

Prosigue la materia del Capitulo antecedente.

POR perdido que sea un pecador, pareciendo tener el corazon de piedra, no le falta allá en lo interior una leve centella, que aunque no la siente, es, porque está amortiguada, pero no totalmẽte muerta. La experiencia nos ha mostrado, que muchos pecadores en quienes parecia su condenacion irremediable, llegando el Ministro de Dios con zeloso espíritu á avivar aquella leve chispa, han encontrado total remedio. Quien se persuadiera, que en lo interior de una piedra fria se escõdieran aquellas centellas, que con discrecion llamó Virgilio, Semillas de la llama? Nadie lo creyera, si nuestros ojos mismos no fueran testigos de este secreto; pues vemos, que con los golpes del azero frio, la piedra helada brota ardiente fuego. Esto passa en el corazon hu-

mano, nos parecẽ mas frio que el pederal, y al golpe de la divina palabra brota cenizas. En los sucesos q̄ voy á historiar verẽmos esta verdad manifiesta. En una ocasion que se hallaban en Mission tres Religiosos de este Colegio en una Villa de este Reyno, llamaron á uno de ellos para un moribundo ya dispuesto para la agonía con todos los Sacramentos: encontrõ el Confessor todavia en su sano juicio, y hablandole con toda blandura, como quien lo consolaba, le preguntó con cautela si sentia en su conciencia algun temor de avercallado en sus años juveniles alguna culpa; que todavia tenia remedio. Dió un gran suspiro el hombre miserable, y declaró una culpa vergonzosa, que desde niño lo tenia atormentado, y ni aun en el ultimo lance en que estaba avia tenido aliento para propalarla. Confessõse, ayudado del Missionero, generalmente, revalidó todas sus confesiones, con grandes muestras de dolor, dando mil gracias á Dios de averle deparado aquella dicha, conque esperaba salvarse, repitiendo actos de contricion, y de singular confianza de la divina Misericordia. Bolvióse el Confessor á la Iglesia á continuar las confesiones, lleno de espiritual jubilo por la seguridad en que á su juicio dejaba aquella alma. Como tres horas despues tocaron á agonias por el enfermo, que espiró á breve rato; y se persuadió el Ministro de Dios avia logrado un lance de los maravillosos, que ostenta el Brazo Poderoso.

Al mismo Religioso le pasó otro caso muy semejante, aunque con mas aprieto en las circunstancias. Venia con los Compañeros de hacer Mission, y aviendo parado en una Casa de campo para pasar adelante Missionando, una noche estando ya recogidos llamaron á la puerta para que fuesse un Padre á encomendar la alma á un po-

bre moribundo. Acudió luego el Missionero con passo acelerado, por estar la Casa bien distante, y encontró un Anciano batallando por instantes con la muerte. Supo de los domesticos, q̄ ya lo avian confesado, y dado la Extrema-Uncion, y que solo llamaban para la recomendacion de su alma. Llegóse el Confessor á reconocẽr á su enfermo, que bolvió en sí de un parafismo, y tocado interiormente de oculta fuerza, pidió lo dejasen solo con el doliente. Preguntóle si se avia confesado? Dixo que si. No obstante, ya que Dios le ha traído á su cabecera á un Missionero, desahogue su corazon; mire si tiene algo callado. Si Padre, respondió, y me moria sin decirlo. Descubrió flaquezas de su niñez, y q̄ por su verguenza no tenia confesion buena en toda su vida. Ea, buen animo, que todavia puede repararse esta quiebra, dixo el Confessor advertido, manos á la obra. Fue formando su interrogatorio como daba lugar la debilidad del enfermo: descenrañó las mas graves culpas, persuadióle se doliesse de todas las demás en general por ser ofensas de Dios, por si antes de declararlas le quitasse la muerte el aliento. Hecha esta forzosa diligencia, le dió un parafismo, absolvióle de la recomendacion de la alma, á que llamó los de casa. Puso buen rato, y bolvió á sus sentidos, tomó algun alimẽto, y sosegado, continuó lo restante de su confesion, hasta que ya no avia que preguntar: hizo actos de contricion, ayudandole el Padre: aplicóle por sus facultades la Indulgencia plenaria para la muerte, absolvióle de nuevo; y como si esto esperasse, con gran tranquilidad, asistido de los de su familia, con oraciones, despidió los ultimos alientos.

Conosco, que en este caso, y el pasado, podrá oponerse lo que decia el Doctor de Doctores San Augustin, en

en el Sermon 57. de tempore. Que la confesion del enfermo es enferma; y la del moribundo remia el Santo no fué muerta. Esto decía, exortando à confessar las culpas, quando estamos sanos, que es lo mas seguro; pero en este mismo Sermon afirma puede aver penitencia verdadera en la muerte; y es de fee lo que dixo el Señor: que en qualquiera hora que el pecador se arrepintiere será perdonado. Mientras el hombre vive, debe tener esperanza de perdon, y creer, que no le ha cerrado Dios la puerta. El Christiano cuerdo, que quiere asegurar su salvacion, procure hacer su diligencia con tiempo; y el que desea encontrar la Misericordia de Dios, haga penitencia bueno, y sano; y se libertará de los muchos peligros q̄ tiene dejar la Confesion para la muerte. Nadie contie en estos, y otros casos, que son raros: en negocio de la alma, abrazemos siempre lo mas seguro.

Passaba un Sacerdote de este Colegio à un viage, embiado de la obediencia; y llegando à una Iglesia muy de mañana à decir Missa para proseguir su camino, se le llegó una muger suplicandole la confessase: dixo el Religioso le instaba el tiempo para no perder la jornada, y se excusaba, sintiendo no poder darle aquel consuelo. Mas fueron tales las instancias, que no se atrevió à negarle lo que pedia, sospechando ser aquellas suplicas hijas de la necesidad que tenia. Así fue, porque la tal muger frequentaba mucho los Sacramentos; ó por decirlo mejor, frequentaba de continuo los sacrilegios, pues no avia hecho una confesion buena en su vida; y herida su conciencia de tan horroroso estímulo, detuvo al Religioso hasta hacer una confesion general, con muchas lagrimas, dando palabra de que en adelante haria libro nuevo, y vida nueva; y con sus instancias consiguió su remedio.

No fue esta sola alma la remediada: otras dos llegaron consecutivamente; y aunque lo que decian al principio era solo reconciliarse de poco tiempo: el Confessor ya determinado à gastar en estos lances el dia, hizo una, y otra pregunta; y sintiendo en los corazones sobresalto, encontró culpas calladas, que le obligaron à hacer se confessasen de toda su vida, como lo hicieron; porque no eran de las conciencias mas intrincadas. Perdió el Misionero la jornada, mas no el jornal del dia: que lo tuvo por muy dichoso con la ganancia de tres almas; y quizá si no encontraran Confessor no conocido, q̄ Dios les llevó sin pensarlo, proseguieran callingo culpas, hasta que su mudéz las enclaustrase en el Infierno. Los que à la humana prudencia suelen parecer acafos, son en Dios soberanos auxilios.

Obsérvan de ordinario los Misioneros concluir sus Sermones con un escogido Exemplo, que bien ilustrado, sirve de dejar à los oyentes ó alestados, ó temerosos, segun son de varias las conciencias; y en estas ay (como decia Drexelio) tanta variedad como en los rostros. Acuerdome, que quando era cxemplarissimo Arzobispo D. Francisco de Aguiar, y Seyxas, instaba predicassen en las Misiones aquel Exemplo tan sabido del Sapo, que hacia ademán de querer salir de la boca de un moribundo; quando queria confessar su pecado: En reverencia de Dios, y del Ilmo. Seyxas, predicó un Misionero este Exemplo. Oyóle una muger, y desde aquel punto se quedaron tan vivas las especies, porque sus pecados callados daban colores tertricos à su fantasia, que no la dejaban tener sosiego. Quería confessarse, y le oprimia de nuevo la verguenza, no hallando frases para declarar su torpeza; y à este tiempo, segun afirmó con hartas lagrimas, y con

muchas veras, por divina permission, dió en perseguirle un atrevido Sapo, que en todas partes lo encontraba, y aun estando comiendo le saltaba sobre la mesilla. Conoció ser aviso de Dios; y aunque la verguenza era mucha, la sobrepujo el miedo de tan importuna sabandija, y las angustias de su atormentada conciencia, le hicieron eloquente à los pies del Confessor, donde derramó como agua sus culpas: lloró sus yerros, y nunca volvió à ver aquella fea figura: ni se cansaba de dar gracias à Dios, volviendo todo el tiempo de la Mission à repetir sus confesiones, y explicar con lagrimas el interior consuelo que avia quedado su espiritu.

Muy singular es el caso que sucedió en tiempo de Mission, que se hacia en una Ciudad muy populosa: Llegó à confessarse una muger de mas de ochenta años, tan extenuada, que parecia un cadaver. Esperaba el Ministro atenta aquella edad decrepita, que tuviese pocos lances: encontró no avia hecho confesion buena en toda la vida: advirtió lo depravado de sus costumbres, y que los malos habitos no solo impedian el remordimiento interior, sino que avian hecho callos en la conciencia; y así vivia con tan pesada carga sin pesadumbre. El zeloso Confessor, que descubrió aquella mina de aspides, y basiliscos, y veía à la vieja con los ojos muy enjutos, sin hacerle fuerza su lastimoso estado: trató con eficacia de darle à conocer su peligro: con la eternidad de las eternas penas, y la severidad de la justicia de Dios, que descargaria muy presto el golpe; por q̄ segun su mucha edad, y flaqueza, avia de durar muy pocos dias. Ponderó esto con tanto espiritu, que la que no sabía antes temer, comenzó à temblar; y aturdida preguntó, si podia tener algun remedio? Di-

xole el Padre que sí; y haciéndose cargo de que en ochenta años era difícil tener en la memoria la muchedumbre de sus culpas, le fue ayudando para el examen. Ocho dias gastó en limpiar aquella antigua cisterna; y al octavo la absolvió, y le hizo recibiese al Augustissimo Sacramento, con singulares muestras de dolor, y aborrecimiento de tantos perdidos años. El mismo dia en que confessó, y comulgó, le saltó un mortal accidente, q̄ parecia estaba esperando el Señor à cogerla dispuesta para q̄ muriese, como Christiana. Ocho dias duró la enfermedad, y en todos ellos no la dejó de la mano el Confessor, hasta que recibidos de nuevo todos los Sacramentos, dió la alma à su Redemptor, dejando grandes esperanzas de aver logrado la compañía de los Bienaventurados.

Con otro Hombre, que abordaba à los sesenta años, hizo el mismo Piadosissimo Dios alarde de sus misericordias, Hallabale enfermo de peligro, y le ordenó el Medico recibiese los Santos Sacramentos. No se resolvió à pedirlos, por lo que adelante veremos; y su muger, que era muy piadosa, le hacia amorosas instancias; mas viendo la renuencia, y que crecia el peligro de la enfermedad, se valió de mañana, llamando à un Misionero. Luego que llegó à la casa, antes de ver al enfermo, le propuso los temores que veía, y no averle permitido llamasse Confessor; y que el Padre instuase, que pasando por allí supo por accidente aver enfermo, y entraba por sola caridad à consolarlo. Dispúsose con prudencia la entrada, y después de otras amorosas preguntas, dixo el Religioso seria bueno confessarse, que él estaba dispuesto à dejarlo muy consolado. Comenzó el doliente à arrancar suspiros del pecho, y à pedir al Confessor no

se espantasse, y ya alentado del Ministro de Dios, enclavó las manos, y dixo: Padre, desde que tengo uso de razón no me he confesado. Llegué una vez, quando tenía diez y seis años, á los pies de un Sacerdote; que, ó por mi ignorancia, ó rudeza en explicarme, me llenó de tal temor, que quedé horrorizado con su reprehension. Dejéme sin absolverme, y así comulgué esta vez, que es la única que lo he hecho en la vida. Pues no ay que tener recelo; dixo el Padre, vamos confesando: fue necesario decirle el como; y recorriendo por todos los preceptos, y obligaciones del estado, encontró el Confessor, que quitadas muy pocas culpas de flaqueza antes de casado, y la omisión de tantos años en cumplir con la Iglesia, con lo que dixo al principio, no avia otra culpa grave sobre que poder absolverle. Advertió, á mas de esto, unas maximas, y reflexas sobre su salvación; muy Christianas: era muy devoto de rezar el Santo Rosario: tenía sumo respeto á los Sacerdotes: quando entraba á oír Missa, se acordaba allí avia de ser enterrado. Lloraba al ver á otros comulgar, hallándose él tan indigno: nunca tuvo odio, ni juzgó á ninguno; y en fin, hecha su confesión recibió el Viatico, y tanta confianza en Dios, que hizo juicio el Confessor era sin duda de los escogidos para el Cielo.

Cierto esta materia con un caso bien extraordinario. Viendo en una Mission cerrado al Confessor cierto Missionero, que con todas sus circunstancias se le escribían antes de morir, de su mismo. Llegó á él un hombre tan turbado, que sin quitarse las espuelas se entró en la Iglesia. Preguntó el Confessor la causa de su turbación; porque parecía estar enagenado: y con la suavidad de palabras, buelto algo en sí, dixo: Padre, de lo que estoy

admirado, y acabo de creerlo, es, de como sin querer he venido á sus pies. Vivo como siete leguas de aquí, y tengo una Labor con que passo la vida: Bien supe se hacia Mission en este Pueblo, pero no estaba en animo de asistir á ella; ni de confesarme; porque son tantas mis culpas, que me parece cosa imposible hacer confesión buena, y mi natural tan perverso, que no he de poder vencer mis envejecidas costumbres. Tengo de ordinario, por diversion, ir á visitar á un amigo, que vive de mi casa como un quarto de legua, y me buelvo á recoger. Ayer tarde me despedí al ponerse el Sol, y siendo allí, que no era la noche obscura, y para mi tan conocidos los caminos, en toda la noche no aceré con mi Labor, de que entré en cuidado, y mas advirtiendo, que el Caballo en que venia tiraba á venir para esta parte, sin hacer caso del freno. Determiné dejarlo por ver en que paraba, y se encaminó á este Pueblo con tantas ganas como si aquí fuera su querencia. Fuera de los rodeos que hice, que no fueron pocos, he andado esta noche mas de siete leguas; y el Caballo, que al venir no avia parado, así que llegó al patio de esta Iglesia, no ha sido dable moverlo con la espuela. Poca interpretacion me necesitó para que el hombre conociese ser aquella disposicion de la Piedad de Dios, y reconociendo se le dejaba hallar el Señor sin buscarlo, cogió tiempo para examinar sus culpas; y se confesó con tantas lagrimas, que sus gemidos eran suavissima musica á los oídos del Confessor, que quedó consoladísimo, alabando los raros modos que Dios tiene para traer los pecadores á las fuentes salubres de su misericordia.

CAP. XXIII.
Castigos exemplares de los que no se han aprovechado de las Misiones.

NO puede ser descredito de los Predicadores del Evangelio el que algunas veces su zelo, y doctrina no fructifiquen en el corazón humano. Es la Divina Palabra, como el rocío del Cielo, que llueven sin diferenciar de tierras las paves. En un Campo se liquida en perlas para alimentar las flores: en otro sirve su jugo de aguzar mas las espinas. En unas Playas se quaja en perla: en otras por lo ardiente de sus arenas se alienta en vil sabandija. No es culpa de la lluvia el malograrse su benefica humedad las plantas; sino vicio de la tierra, acostumbrada á producir abrojos. Son los Missioneros una como inundación del Cielo, que esparré rocío en los corazones, y hace brotar flores de virtudes; pero en algunos pechos no logra sus deseos, porque como tierra estéril, ingrata al beneficio del riego, se queda Campo herial, brotando solo malezas de sus envejecidas costumbres. Con estos rebeldes, se pierde el fruto; pero toma Dios á su cargo guardar para sus Siervos las coronas, y ejecutar en las cabezas de los proterbos que desprecian la Palabra Divina exemplares castigos.

En cierto Lugar, bien menesteroso de doctrina, llegó la Santa Mission, y era el avia dos mugeres amigas, bien necesitadas de que les abriesen los ojos con la evangélica doctrina. Comenzaronse los Sermones, y ambas fueron juntas á oírlos; pero en cada una obraron diversos efectos. La una, quedó tan compungida, que trató luego de hacer un largo examen de su vida; y con muchas lagrimas de dolor se confesó, quedando consola-

dísima. Manifestó á su amiga la paz, y consuelo que sentia en su alma, y que si queria participar la consolacion divina, se confesase, pues tenian á la mano la ocasión tan oportuna. La amiga bien hallada en su vida licenciosa respondió, que tiempo avia para confesarse, que los Missioneros serian muy escrupulosos: con otras excusas frivolas, que dicta una conciencia desbaratada. Inflabale la arrepentida con la benignidad que ella avia experimentado; pero nada le hacia fuerza; y para mas obstinarte dixo córabia furiosa: PRIMERO ME DEJARE MORIR, QUE CONFESARME. No quiso el Señor dilatarle el castigo, para que todos conociesen que lo era; pues acabando de profetir estas escandalosas palabras, le acometió una ardiente calentura, que la postró en la cama, y tras ella tal modorra, que no la permitia abrir los ojos. Inflabante que se confesase; y respondia: DEXEME, NO ME MUELAN, QUE NO ESTOY MALA. Repitieronle instancias, trajeron un Sacerdote que la animaba con eficaces razones: á todo le hizo sorda, y se verificó aquel mismo día en que dixo, que primero morir que confesar: que sin la menor señal de arrepentimiento murió, dejando pintas de su perdición eterna. Por mas que la piedad quiera discurrir en tales casos fines dichosos, se le agotan las razones en lo humano, y solo puede apelar al Poder divino.

Passando la Mission por la Hacienda de una Señora Viuda, vana, y soberbia, trató en uno de los Sermones el Predicador, de los maravillosos frutos que acarrea la limosna. Aviendo se partido de allí los Missioneros, le pareció buena coyuntura á otra Viuda pobre, noble, y virtuosa, para pedir prestado á la vana Señora un poco de trigo, embiándole por prendas, por no tener otras los mantos de